

fiel de un mártir, demandando al Señor fortaleza para soportar sus tormentos.

—¡Dios de bondad!—exclamó juntando las manos.—¡Dios mío, aceptad el sacrificio que os hago de mi venganza!... ¡Hoy soy ministro vuestro, y todos los intereses de la tierra deben desaparecer para mí!... ¡Perdonad, Señor, á este pobre pecador!... ¡Que sirvan mis tormentos de expiación á sus culpas, y recibid su espíritu en vuestro seno!

Calló el religioso inclinando la cabeza, y un torrente de lágrimas bañó sus pálidas mejillas.

—¡Y tú, Isabel—continuó, alzando de nuevo con trabajo su abatida frente,—sonríe desde esa mansión gloriosa que te conquistó tu largo padecer!... ¡Perdóname lo que te hice sufrir, como yo perdono al hombre que amaste!...

Levantándose después, se aproximó al lecho, y puso sus manos sobre la frente del enfermo.

—Yo te perdono en el nombre de Dios—dijo con voz solemne,—y en el mío también. Ya estás puro de toda mancha ante los ojos del Señor... Vete en paz.

Aquella solemne bendición pareció reanimar al moribundo: éste entreabrió débilmente los ojos y buscó con pena las manos del religioso, que llevó á sus labios casi helados ya. En aquel momento se abrió la puerta con violencia, y Margarita apareció en el umbral.

CAPÍTULO CUARTO

PROYECTOS DE VENGANZA

Margarita venía pálida y desmelenada; su vestido desgarrado, su semblante bañado en lágrimas y profundamente alterado, demostraban que se había arrancado á los esfuerzos de Marcela, y que era presa de una terrible aflicción. En vano la anciana quiso contenerla é impedirle pasar el umbral de aquella habitación: desprendióse de sus brazos y corrió al lecho, á cuyos pies se dejó caer arrodillada. Clavó sus extraviados ojos en el semblante de su esposo, y después ocultó el rostro entre las ropas del lecho, ahogada por amargos sollozos.

Incorporóse el moribundo con sumo trabajo y tomó una de las manos de Margarita, atrayéndola suavemente hacia sí. La joven se levantó y se acercó á la cabecera del enfermo.

—Margarita—dijo éste con voz casi ininteligible ya.—Margarita mía..., júrame hacer... lo que voy á pedirte...

Levantó la Baronesa la cabeza, y miró á su esposo con ansiedad, incapaz de proferir una palabra.

—Prométeme—continuó el Barón—que con-

servarás mi nombre hasta la muerte..., que nunca lo dejarás por otro..., que... ningún hombre... podrá llamarte suya jamás.

—¡Sí, sí... lo juro!—exclamó la pobre niña redoblando sus sollozos.

—¡Dios... te... bendiga—murmuró débilmente el Barón, dejándose caer de nuevo sobre el lecho.—¡Nunca... será... de él..., nunca!... ¡Está... sal...vada!

Estas fueron las últimas palabras que pronunciaron los yertos labios de Alberto; después extendió las manos y lanzó un suspiro, que se confundió con el ruido que hizo el cuerpo de Margarita al caer desplomada sobre el pavimento: la desventurada no pudo resistir más el exceso de su dolor, y acababa de rendirse á una congoja mortal. El religioso la levantó en sus brazos como un niño dormido, y la colocó suavemente en un ancho sillón.

Después volvió junto al lecho: el Barón yacía inanimado é inmóvil; pero ¡cosa extraña! sus mejillas aparecían levemente encarnadas, y se veían en su frente pequeñas gotas de sudor, brillantes como el rocío.

El padre Ambrosio puso una mano sobre el corazón del enfermo, y retrocedió un paso.

—¡Aquí hay vida!—exclamó.—Lo que yo creí la muerte, no era otra cosa que una violenta crisis, que dará á este hombre la salud... Y yo que le he perdonado!... ¡Ah!...

De súbito brillaron los ojos del monje, y su fisonomía apareció inspirada de una idea repentina.

—¡Mi venganza otra vez!...—exclamó;—otra vez la veo ante mis ojos.—Margarita, á ti te la confío—prosiguió, volviendo sus ojos á la joven que yacía inanimada.—Veamos si ese ángel llega en virtud á mi desventurada Isabel... Veremos si sucumbe á las seducciones del mundo, y si miro caer ante mis sandalias su corona de inocencia y castidad... Estás en mi poder, sola, rica, hermosa y con diez y seis años, y yo no abandonaré mi presa... no... Si este apacible clima no despierta tu corazón virginal, te llevaré bajo el sol abrasador de la Italia, y pondré ante tus ojos escenas que te fascinen y seduzcan... Te presentaré sin cesar el vicio en copa de oro... te embriagaré de lujo y de perfumes... y caerás al fin...

¡Oh!—prosiguió, acercándose á la joven y contemplando su semblante;—cada una de estas facciones tan bellas revela una alma entusiasta y ardiente... Y eres mía, sólo mía; y el destino te entrega en mis manos pura é inmaculada, porque sé que los labios de ese hombre no han tocado á tu frente durante el mes que te llama suya... Ha estado agonizando... y ha sido tu padre, ¡nada más que tu padre!... ¡Oh, qué venganza tan completa!...

¿Y pensabas tú, Alberto—continuó, interrumpiéndose con una carcajada feroz,—pensabas tú dejarla escudada con el juramento que la hiciste prestar? Hela aquí sin amparo, sin una mano que

la contenga al borde del abismo abierto sin cesar á sus pies... ¡Y tú, Alberto, tú vas á presenciá la lucha de esta mujer con el mundo, sin que puedas ampararla, porque te lo impediré yo... yo que tengo derecho para ello...; presenciárs su perdición, si es débil; su agonía, su muerte, si resiste como Isabel...; pero sucumbirá, y ese será tu más cruel castigo, porque es tu primero y único amor!...

Sacando entonces de su seno un pequeño pomo dorado, derramó algunas gotas en la entreabierta boca del Barón: instantáneamente quedaron sus mejillas lívidas y heladas, nubláronse sus ojos, apareciendo entreabiertos é inmóviles, y su nariz se afiló como la de un cadáver; una de sus manos cayó yerta fuera del lecho y la otra se crispó, como por una última y terrible agonía, sobre la rica colcha de terciopelo.

El religioso guardó el frasco, y sacó del mismo sitio un largo y afilado puñal, que levantó sobre la cabeza del Barón; pero contuvo su brazo, por un agudo grito que sonó á su espalda; volvióse rápidamente, y vió un pálido y hermoso rostro pegado á los cristales de una de las ventanas que daban á la campiña, y cuyos ojos le miraban llenos de horror. Una sonrisa de desprecio y amargura pasó por los labios del religioso; tornó á levantar su puñal, y rasgó de un violento golpe la mejilla izquierda de Alberto.

—Ahora—murmuró—ya no eres el esposo de Margarita, porque ese murió... tú no te pareces á

él... Pero—prosiguió bajando la voz—el hombre que me robó mi tesoro, ¡todavía existe para Dios y para mí!...

Después se acercó á pasos lentos á Margarita, cuyo largo desmayo no parecía haberle inquietado hasta entonces en lo más mínimo; mas se detuvo antes de llegar al sillón que servía de lecho á la pobre joven: acababa de caer hecha pedazos una de las vidrieras del aposento, y un hermoso joven, vestido de caza, saltó dentro.

—¿También va usted á matarla á ella?—exclamó con trémula voz.

Palideció densamente el religioso ante aquella aparición; sus ojos se clavaron con afán en la fisonomía del joven, y toda su figura pareció animada de una sombría desesperación.

Algunos instantes permaneció mudo, anhelante, y sin atreverse á respirar; después apoyó fuertemente las manos sobre el corazón, como para comprimir las palpitaciones que levantaban la gruesa tela de su túnica.

Poco á poco desaparecieron las huellas de aquella violenta conmoción, y su frente recobró su expresión de calma y amargura.

—¡No!—contestó fríamente;—nada tema usted, joven. Maté á ese hombre porque necesitaba vengarme de él; pero esta niña no me ha hecho ningún mal, ni me incomoda en el mundo... de lo contrario, la mataría también. Usted debe darme gracias—añadió con una helada sonrisa—por

haberle quitado de enmedio el esposo que le incomodaba; pero pido á usted un favor en cambio del servicio que acabo de prestarle. Prométame que, el día en que yo se lo pida, afirmará con juramento que me ha visto matar á ese hombre.

—¡Oh!—exclamó el joven lanzando al fraile una mirada de indignación.—No crea usted, padre, que para acusarle como asesino ante los tribunales aguardaré á que usted me lo exija.

—Usted no me delatará—interrumpió el padre Ambrosio con desdeñosa sonrisa;—no me pagará así el beneficio que acabo de hacerle, dejándole libre á Margarita.

Al acabar de pronunciar estas palabras, señaló al joven la ventana por donde había entrado: éste se encaminó á ella lentamente, y se apoyó en la balaustrada.

—¡Hasta la vista, padre!...—dijo saltando al campo.

Por los labios del Marqués de Santa Fe pasó de nuevo aquella sonrisa amarga que ya le conocemos; dirigióse á los mutilados cristales, y esperó con la frente apoyada en ellos á que se perdiese del todo el ruido de los pasos del joven; despues cerró los postigos, y cayó arrodillado.

—¡El hermano de Isabel!...—gritó con desgarradora angustia:—¡mi adorado Adriano! ¿Es este joven el que me envías, ¡oh Dios!, para instrumento de mi venganza?; ¿es su dicha la que colocas sobre mi odio en la balanza de tu justicia?

Calló el monje y dobló hasta el suelo su calva frente, mientras que levantaban su pecho amargos sollozos.

—¿No sabes, Dios mío—continuó sin variar de posición,—no sabes que Adriano es mi único bien sobre la tierra?; ¿no sabes que, más que como á un hermano, le quiero como á un hijo?

Levantóse de pronto con las mejillas inflamadas, roja la frente y los ojos chispeantes, y se lanzó al lecho con el puñal en la mano, que levantó de nuevo sobre la lívida cabeza de Alberto; mas su mirada tropezó con el retrato, y su semblante cambió de expresión; apagóse la ardorosa llama de sus pupilas, palideció de nuevo, y se dejó caer desfallecido en un sillón.

—¡Oh, Dios mío—murmuró;—mi venganza está en tu mano! ¡Hágase tu voluntad!

Pasados algunos instantes, se dirigió á la puerta y la abrió; todos los criados de la casa esperaban en la antecámara; el religioso cubrió de nuevo su frente con la capucha, y se detuvo en el umbral.

—¡El Barón ha muerto!—dijo.—Entre usted, hermana—continuó dirigiéndose á Marcela,—á socorrer á la Baronesa, que se ha desmayado.

Todos los domésticos arrojaron un grito, y algunos siguieron al ama de gobierno al aposento de su señor; mas el religioso se adelantó y corrió rápidamente las cortinas del lecho, á cuyos pies se puso á orar de rodillas.

33895

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. F. L. A.
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los criados retrocedieron para no interrumpir sus preces, y cesaron en sus gemidos, sucediendo el silencio más profundo.

Marcela tomó en sus brazos á Margarita y la condujo fuera del aposento.

.....

.....

Al día siguiente, cuando el moribundo sol de la tarde doraba las cimas de los más altos álamos, un coche, cerrado escrupulosamente, tomaba al trote el camino que conduce á la falda del Moncayo; iban en él un ataúd, que encerraba el cuerpo del Barón de Medina, y un religioso que oraba con las manos cruzadas sobre el pecho.

Tres días con tres noches caminaron; al finar el último, el coche se paró delante de las macizas puertas de un monasterio; se abrieron éstas, y dos monjes sacaron del carruaje el ataúd; siguióles su compañero, y la fúnebre comitiva desapareció á través de las sombrías bóvedas, mientras el coche se alejaba rápidamente.

Cerráronse después con estrépito las puertas del convento, oyéndose por largo rato el ruido de las llaves y cerrojos.

El mismo día llegó á la quinta un elegante coche de camino, en el que venía un grueso personaje que se quejaba del polvo y del cansancio.

Era el doctor que Marcela había enviado á buscar á toda prisa para asistir á su señor, y que, sin apearse, volvió á la ciudad.

PARTE SEGUNDA

EL BIENHECHOR

Alúmbrate con la antorcha de la esperanza hasta en las sombras mismas de tu muerte, seguro de que la Providencia no tiende lazo alguno á tus pasos; cada aurora la justifica; el universo entero se fia de ella; sólo al hombre ha ofrecido dudas; pero mi venganza paternal confundirá la duda infiel en el abismo de mi bondad.

(ALFONSO DE LAMARTINE, *Meditación VII.*)

CAPÍTULO PRIMERO

VALENTINA

Dos meses han transcurrido apenas desde el día en que la joven Margarita perdió á su esposo, ó mejor dicho, á su padre; la quinta no ha variado, á no ser el jardín en el que los ardores del estío han derramado un nuevo lujo de flores y verdor.

Mirándola, no obstante, con cuidado se adver-